

## La soledad de las luciérnagas

Una pequeña luz nace, se intensifica, se desvanece, se apaga. La luciérnaga intenta llamar la atención de otra luz que no parpadea, que no se mueve, que no le responde. Tal vez no la ha visto, piensa mientras se acerca. Su luz vuelve a aparecer, a brillar, a languidecer, a morir. La otra se mantiene estática, inmutable, implacable.

El insecto no abandona y se aproxima aún más. Comienza a sentir un sofoco diferente del que habitualmente busca en la calima. Deben ser los nervios propios del cortejo, se dice, porque nunca antes lo había intentado. Vuelve a irradiar un fulgor que se acrecienta, que se mitiga, que se marcha. La de enfrente sigue sin pestañear, ajena al galanteo, indiferente al reclamo.

El calor aumenta a medida que el lampírido vuela hacia esa otra luz que tanto ha anhelado. Se quema al rozarla, pero no puede huir, porque hay temores que vencen al instinto de supervivencia. Sus alas arden. Su cuerpo se abrasa.

Mientras acaricia una figura incandescente y artificial, su luz natural emerge, resplandece, se debilita y se va para siempre.

No muy lejos de la lámpara, a los pies mojados de una flor, la última luciérnaga de su especie mira al cielo esperando la llegada de algún compañero, emitiendo un destello paciente y sosegado que se pierde en la noche porque, paradójicas de estos tiempos, nadie puede verlo en un mundo lleno de luz.